

COVID-19: UN *DEJÀ VU* DISTÒPICO

Andreu Domingo
Sots-director del Centre d'Estudis Demogràfics/CERCA
Miembro numerario de l'Institut d'Estudis Catalans

Autor de:
Demografia zombi. Resilientes y redundantes en la utopia neoliberal del siglo XXI (Icaria, 2018), y *Descenso literario a los infiernos demográficos. Distopía y población* (Anagrama, 2008).

Un creciente sentimiento de incredulidad acompaña la toma de consciencia de lo que significa y puede acabar significando la pandemia del coronavirus. Esa sensación se ve acrecentada por enfrentarse a un fenómeno singular, en el sentido de inesperado y a la vez desconocido. Y, sin embargo, esa misma sensación que asociamos a lo excepcional, a lo “nunca visto”, va de la mano también de una impresión de un “*dejà vu*”, de algo vivido. Uno y otro impregnan nuestra vivencia de irrealidad, como si fuera un tránsito onírico. El choque de esas dos experiencias relacionadas con el tiempo vivido –individual y global-, produce miríadas de perplejidad disfrazadas de humor que nos enviamos por *WhatsApp* para recordar que no estamos solos y conservar la cordura.

La explicación a ese “*dejà vu*” residiría, según mi visión, en que las narrativas distópicas llevan más de un cuarto de siglo preparándonos para esto y que los agentes involucrados –instituciones con mensajes confusos cuando no contradictorios y respuestas extremas de la ciudadanía tanto en la solidaridad como en la irracionalidad-, están siguiendo el guion sin saltarse un solo párrafo. No me refiero únicamente a esas ficciones que en un momento u otro han abordado la difusión de una plaga en las sociedades contemporáneas y la reacción de las instituciones. Algunas de ellas tan antiguas como *The Andromeda Strain*, de Michael Crichton, publicada en 1969, donde el virus era de origen extraterrestre, o *Time of the Fourth Horseman* de Chelsea Quinn Yarbro, publicada en 1976, y *Disposable people* de Marshall Goldberg y Kenneth Kay, que vio la luz en 1980, donde los virus responsables son producto de la experimentación del Gobierno, o aquellas más próximas en el tiempo nacidas de la experiencia traumática del SIDA a mediados de los ochenta, como por ejemplo *The Sea and Summer*, de George Reginald Turner aparecida en 1987, *White Eye* de Blanche d'Apluget, publicada en 1993 o *Game Control*, de Lionel Shriver, en 1994, todas ellas con el común denominador de que el virus mortal ha sido creado con el objeto de reducir la población (Domingo, 2008). Me refiero sobre todo a la popularidad del género Zombi, pero en general también a la popularización del género distópico y con él, a la normalización de lo excepcional en una pedagogía neoliberal del Estado de Excepción y de lo que he venido en llamar extensión de la tanatopolítica (Domingo, 2014). Así pues, podemos reconocer en las acciones de los Estados los dispositivos de control de la población, como el confinamiento, anticipados en las distopías, pero al mismo tiempo, identificar también en estas la réplica de las reacciones de individuos e instituciones.

La discrepancia entre las medidas y sobre todo el tiempo y la población a la que se aplican, obedece a la dificultad de barajar tres factores diferentes. En primer lugar, al cálculo respecto al impacto estimado sobre la población: la famosa curva de crecimiento de los infectados, que a efectos propagandísticos se convirtió rápidamente en el llamado colectivo a “dominar la curva”.

En segundo lugar, a la capacidad del sistema sanitario de hacer frente a las entradas de enfermos crecientes de forma geométrica, con medios escasos e información incierta. Y, en tercer lugar, al impacto estimado sobre la economía, tanto de la pandemia en sí, como de las medidas de confinamiento radical que, efectivas contra la pandemia, parecerían ser en cambio nocivas para la producción del país, y catastróficas para las empresas y los trabajadores y trabajadoras. Todos y cada uno de los países del mundo se enfrentan o se enfrentarán a ese dilema. Al que deberíamos añadir en el caso español, un cuarto elemento más doméstico y oportunista, al aprovechar la crisis de la pandemia para reforzar el mensaje de la “Unidad nacional”, el discurso sobre la cohesión territorial y, de paso, la operación rescate de la monarquía.

Obediencia en el confinamiento y distancia social son las dos principales demandas hechas a la población para aumentar su resiliencia contra el virus. Los objetivos declarados son salvar vidas, a veces expresado directamente nombrando el sector de población más afectado, “salvar a nuestros abuelos y abuelas”, e impedir al mismo tiempo el colapso del Sistema sanitario. Pero en el cálculo de los tres factores anteriormente enunciados, lo impronunciable es que ante el convencimiento de que no todas las vidas se podrán salvar, hay que elegir. Esa elección entre quienes deben salvarse y quienes hay que dejar morir, es lo que llamo “la pregunta tanatopolítica” propia de las distopías. El gobierno británico lo expresó con la brutalidad neoliberal de los herederos de Margaret Thatcher: abrirse a la infección, sabiendo que eso implica la pérdida estimada en “solo” un 2 o 3 por ciento de la población, siendo ésta en su mayoría no económicamente activa –si es que se concentran las defunciones en personas jubiladas o con problemas crónicos de salud-. Aunque esa posición, criticada por moralmente aberrante se haya corregido, ahí queda su explicitación, como un lapsus freudiano. Pero eso no quita, que el problema siga planteado en esos términos, si se quiere silenciado o de forma latente. El cálculo económico en las sociedades de mercado y la estratificación social priman sobre la vida humana. El acceso a las pruebas clínicas va en esa dirección, aunque se presente entrelazada con el debate sobre la efectividad en el tratamiento. Se desplaza al sector médico la responsabilidad en el dictamen dependiendo de la probabilidad de supervivencia estimada como dilema deontológico en forma de priorización. Lo mismo podría decirse del ritmo y poblaciones pioneras en el desconfinamiento y la referencia a “los expertos” como responsables. Pero la elección en un caso u otro siempre ha sido previa y de tipo político. El repliegue sobre las fronteras estatales, y la inanidad de la Unión Europea, también indica lo mismo: porque “salvar a los nuestros”, es igualmente una decisión que tiene más que ver con la inmunología política del cuerpo del Estado-nación que con la inmunología de las poblaciones. Y como prueba podríamos preguntarnos sobre lo que ocurrirá a los olvidados: ¿Qué está sucediendo con los millones de refugiados y apátridas en Europa o que se agolpan a las puertas de UE? Y, por supuesto, la tentación de buscar chivos expiatorios a la que recurren los movimientos nacionalpopulistas de derechas en todos los países, aquí VOX, pidiendo el control especial de los inmigrantes.

Como telón de fondo, como en toda buena distopía, tenemos las dos caras de un mismo miedo: el miedo al desorden social y al desmoronamiento del Estado. Lo que predispone a los discursos mesiánicos fundamentados en la promesa de un anhelado “liderazgo fuerte”. No hemos visto, ni creo que veamos ninguno de los episodios a los que recurren las ficciones distópicas para ilustrar esos miedos. No hay saqueos, habiéndose reducido el desorden al acopio de papel higiénico, lo que dice mucho del termómetro de la revuelta en España. Sin embargo, sí que se ha desplegado el ejército, más allá de la efectividad de esa medida, es su dramatización en los medios de comunicación la que añade un mensaje ajeno a la “lucha contra el coronavirus”, plasmado precisamente en el vocabulario bélico. Por otro lado, el desabastecimiento afecta por ahora únicamente –y esperemos que puntualmente-, a los productos higiénicos específicos -mascarillas,

alcohol para desinfectar entre otros-, pero no a otros productos básicos. Más peligrosos resultan los discursos que vinculan la efectividad a la reducción de la democracia, tomando como justificación el éxito chino. Así como la proliferación de *fake news* en las redes y la tentación del recurso a las posverdades por parte de la clase política (en el gobierno y en la oposición), al tiempo que dicen combatir los bulos que circulan entre la población. Lo que está en juego es ni más ni menos que la democracia y la credibilidad del Estado como productor de verdad social.

No es en la demografía donde tenemos que esperar el mayor impacto de la crisis sanitaria producida por la pandemia. Y de los diferentes fenómenos no será en la mortalidad el que se verá más alterado. Seguramente, para España y para Italia, el primer efecto del covid-19 habrá sido el estancamiento, si no la pérdida de la esperanza de vida de la población, que se constatará concretamente en las generaciones más antiguas, que están siendo las más castigadas por la mortalidad, y de las que no quedará exenta la significación de la desigualdad económica entre los individuos que componen esas generaciones. A pesar de la predominancia de mujeres en la estructura de la población a edades mayores y de la sobreexposición de estas a la infección en el sector sanitario y en el cuidado de enfermos y ancianos, parece que la mortalidad golpea más a los hombres debido a su sobrerrepresentación en las enfermedades crónicas en las que el covid-19 resulta fatal. Pero numéricamente no tendrá más relevancia y quedará concentrada en las generaciones nacidas a partir de los años treinta y cuarenta. Otra cosa será en países con grandes concentraciones espaciales de miseria y débiles sistemas sanitarios. Donde sí va a tener un impacto de vértigo va a ser en la fecundidad y en las migraciones, y de rebote en las condiciones de vida de los migrantes. El carácter desesperanzado que imprime la pandemia y la erosión sobre las imágenes del futuro, resultaran catastróficos para una fecundidad como la española o la italiana ya bajo mínimos. En cuanto a las migraciones hoy paralizadas por el cierre de fronteras, la amenaza de la recesión económica global así como el miedo al contagio que persistirá hasta que se encuentre una vacuna, también hace difícil pensar en una rápida recuperación. Mientras que el proyecto intercultural, basado en el impulso de las interacciones sociales entre las diferentes comunidades, habrá recibido una estocada de la mano del distanciamiento social como norma de conducta perdurable, tras un confinamiento que no ha hecho más que robustecer en encapsulamiento de cada grupo, más cuando se puede sentir desasistido por el Estado.

Sobre la economía, no diré nada más que ya anunciada recesión, su profundidad y duración, tiene más que ver con la gestión (y la negociación) que con la incidencia de la propia pandemia. Debemos impedir que se convierta en una oportunidad para incrementar la acumulación y la desposesión. Cuando despertemos de esta pesadilla, lo que debería haber variado completamente, dependiendo de lo que hagamos ahora, es nuestra relación con lo público y lo privado, la necesidad de reevaluar la distribución de los costes en la asunción de los riesgos globales y nuestra concepción del bien común. Empezando por la necesidad de acabar con la depredación de la vida salvaje, donde tenemos que encontrar el origen de la pandemia, y continuando por el reconocimiento del trabajo reproductivo, de la importancia de cuidarnos unas a las otras, más allá de las directrices del Estado. Es decir, tomándose en serio el ecologismo y el feminismo.

Si algo nos enseñan las distopías, esos infiernos imaginados en la tierra, es que para salir de ellas o evitarlas se necesita un claro objetivo utópico, luchar para que otro mundo sea posible. Si no seguiremos capturados en este episodio interminable de *Black Mirror*.